

El ocaso de Tony Blair



ILUSTRACIÓN: ROBERTO PAZ

Todo parece indicar que el Primer Ministro británico abandonará su cargo en septiembre próximo. Este balance de sus diez años al frente del poder lo pinta como un hombre que desaprovechó la oportunidad de gobernar con grandeza. **TEXTO: ENRIQUE BERRUGA FILLOY**

Este mes de mayo cumple diez años al frente del gobierno británico, igualando la marca de Margaret Thatcher. A su llegada al poder, este hombre carismático, de trato amable y de talante informal, prometía inaugurar una era que hoy deberíamos conocer como el *Blairismo*. Sus ideas para transformar al Reino Unido mediante el *Nuevo Laborismo* apuntaban a librar a su país de la dicotomía que lo asedia desde la época victoriana, entre aquellos que se preocupan por sostener las tradiciones británicas y aquellos otros –como el propio Primer Ministro– que no ven otra opción más que modernizarse y ponerse a la altura de los cambios mundiales.

En el plano internacional, su juventud, su estilo fresco y sus ideas pragmáticas y ambiciosas apuntaban no sólo a un reposicionamiento mundial del Reino Unido, sino a imprimir una dinámica renovada a la Unión Europea. Muchos pensamos que con

la llegada de Tony Blair a la casona de 10 Downing Street, Europa encontraría el corte de líder que marcaría las pautas para los dirigentes del siglo XXI. Sin embargo, a diez años de distancia y a punto de entregar el poder –con todas las reticencias del caso– no puede hablarse hoy del *Blairismo*, como en los ochentas se acuñó el término de *Thatcherismo*.

Delicado equilibrio

Tony Blair ha ganado tres elecciones generales desde 1997. Su primer período será recordado como el más brillante. Cuando la confusión reinaba (en este caso literalmente) en el Palacio de Buckingham ante la trágica muerte de la Princesa Diana en París, Tony Blair construyó un delicado equilibrio para no sulfurar los ánimos de la corona y del sector monárquico, pero a la vez darle su sitio a la figura que representó Diana, al calificarla como “la Princesa del Pueblo”. También tuvo

aciertos muy sobresalientes en la restitución de poderes locales para Escocia y Gales. Igualmente se mostró tesonero y paciente para lograr un acuerdo político en Irlanda del Norte –por mucho la región más conflictiva– hasta la reciente instalación de un gobierno compartido entre unionistas y republicanos. Como tantos otros, nunca creí llegar a ver la foto del ultra conservador unionista, el Reverendo Ian Paisley, departiendo la mesa del poder con su archirrival Gerry Adams, por muchos reconocido como la mente política del Ejército Republicano Irlandés.

También en el frente interno y dentro de su primer mandato, Tony Blair sacudió de raíz el anquilosado sistema educativo y sobre todo la estructura de salud del Reino Unido. No fue poca cosa: después del Ejército Rojo de China, la organización más grande del mundo es precisamente el aparato de salud británico. En menos de diez años logró que ese coloso que nadie se atrevía a tocar, comenzara a dar signos de eficiencia y un servicio que recordara a los países desarrollados. Su gobierno iba sobre rieles. Hasta que llegó el fatídico 11 de septiembre de 2001.

Desde el inicio Blair se posicionó como el gobernante con mayor influencia sobre la administración Bush. En las semanas que siguieron a los ataques terroristas, el Primer Ministro británico parecía convencido de que las baterías del mundo occidental debían enfocarse contra Al Qaeda, reforzando las acciones en Afganistán. Pero inexplicablemente, poco a poco fue comprando la tesis norteamericana de que el foco del mal se encontraba en el Irak de Sadam Husein. También inexplicablemente compró la tesis de que Irak contaba con armas de destrucción masiva. Y como postre, hizo suya la noción de que la introducción de la democracia en Irak haría que sus vecinos del Gran Medio Oriente cayeran como naipes en un abrazo entusiasta de los valores occidentales. De refilón, llegó a pensarse, se pondría fin al añejo conflicto entre Israel y Palestina. Y el caso de Blair resulta sorprendente porque

la inteligencia británica contaba con mejor información que el propio gobierno de Washington sobre lo que estaba ocurriendo en Irak.

En 2003, Blair estaba mejor posicionado que nadie para convencer a Estados Unidos de que atacar a Irak no sólo carecería del respaldo internacional, sino que desviaría los esfuerzos necesarios para atacar frontalmente a las bases del terrorismo de Al Qaeda y los resabios del Talibán en Afganistán. No obstante, una combinación de solidaridad a ultranza con el gobierno de Estados Unidos, la creencia de que la guerra sería corta y exitosa, y la lectura (compartida por cierto por la España de José María Aznar) de que sólo los que participaran en esa aventura ganarían asientos de primera fila en el tablero de las decisiones mundiales, le llevó a invertir su capital político en tratar de convencer a los miembros del Consejo de Seguridad sobre la urgencia de iniciar hostilidades contra Irak, a secundar el argumento de la existencia de armas de destrucción masiva en manos de Sadam y a forjar la famosa *coalición de voluntarios*, de la que hoy no queda prácticamente nada.

El saldo político de estas decisiones resultó desastroso. El Reino Unido participa como segundo violín en una guerra civil y sectaria que no tiene manera de terminar en un final feliz. En el transcurso de cuatro años, las miras han bajado a tal grado que la preocupación principal consiste en cómo salir de la zona sin alimentar todavía más el descontento musulmán hacia Occidente y sin que las bandas terroristas traduzcan esa retirada como un canto de victoria. Con sobrada razón, el británico de a pie se pregunta dónde ha estado la ganancia de esta aventura para el Reino Unido. Cuando observan que al otro lado del Atlántico el electorado norteamericano asesta un golpe de las magnitudes que vivió el Congreso de Estados Unidos en noviembre pasado por la cuestión de Irak, en Londres y en Birmingham las preguntas no son otras más que cómo salimos de ésta y hacia dónde vamos.

El sucesor

El ocaso de Blair tiene una última complicación importante: su sucesión. Sin precisar la fecha, el Primer Ministro ha indicado que abandonará 10 Downing Street previsiblemente en septiembre. El sucesor natural sería el arquitecto de la recobrada prosperidad británica, el Ministro de Hacienda Gordon Brown. Sin embargo, los largos años de espera que ha vivido Brown para ocupar la silla principal del gobierno han enturbiado la alianza política que sostuvieron estos dos personajes desde principios de los noventa. No está claro que –como sostiene Brown– hayan forjado un pacto desde 1994 para traspasarse el poder de uno a otro. *The Deal* (el trato) entre ambos dio origen a programas de la BBC tratando de esclarecer lo que Tony le dijo a Gordon y cómo lo interpretó cada uno de ellos. Lo cierto es que en estos tiempos parece que la transmisión del mando está siendo más fluida y más sencilla entre mandatarios de signo contrario que entre compañeros de partido. Hay muchos ejemplos de ello en el mundo. Pregúntele a Jacques Chirac.

Quizá sea porque los ciudadanos todavía le atribuyen poderes sobrenaturales a los gobernantes. Quizá sea porque los políticos generan expectativas demasiado ambiciosas. Quizá sea porque en el fondo queremos que el poder político logre dotarnos de una calidad de vida superior. El caso es que Blair despertó, como pocos, estas visiones entre los británicos y en buena parte del mundo. Además mostró con hechos su capacidad. Tenía madera de sobra.

La forma como conduzca la sucesión será la última huella de este político que lo tuvo todo para convertirse en prototipo y tristemente dejó escapar la oportunidad. •

ENRIQUE BERRUGA FILLOY

Ciudad de México, 1959.
Diplomático de carrera, embajador y novelista. Es representante permanente de México ante la ONU. Su libro más reciente es *Propiedad ajena*.